



CAPÍTULO XI

LA TRAVESÍA DEL ATLÁNTICO

Memorial que deja Magallanes con la indicación de la situación y número de las Molucas.—Ex-
tiende su testamento en Sevilla antes de embarcarse.—Sus principales cláusulas.—Cristó-
bal Ravelo, hijo natural de Magallanes.—La escuadrilla en Sanlúcar de Barrameda.—Par-
tida de ese puerto.—Disposiciones para el gobierno de las naves.—Arribo a las Canarias.—
Llega allí una carabela despachada de España en su busca.—Partida de Tenerife.—Primera
desavenencia con Juan de Cartagena.—Nuevo encuentro que tiene con Magallanes frente a
las costas de Guinea.—Cartagena es privado del mando de la *San Antonio* y preso.—Lle-
gada al puerto de Santa Lucía en el Brasil (Río Janeiro).—Sucesos ocurridos allí.—Nave-
gación hasta el Río de Solís.—Reconocimiento de este río.—Partida al Sur.—Incidentes de
la navegación.—Tormentas en el puerto de los Patos y en la bahía de los Trabajos.—Lle-
gada al Río de San Julián.



ANTES de partir de Sevilla, Magallanes creyó prestar un
servicio al Monarca español dándole noticia, según lo
que se le alcanzaba, de las alturas y situación de las
Molucas y de otros sitios que entraban en la demarca-
ción que le correspondía, en previsión de que si él llegase
a fallecer durante el viaje, pudiese en algún día el
Rey de Portugal decir otra cosa y «mandar cambiar la derrota de
las costas y acortar los golfos de la mar». En esa conformidad re-
dactó un memorial en que declaraba la situación geográfica de la is-
la de San Antón, una de las de Cabo Verde, «donde se hizo la re-
partición destes reinos con los de Portugal», le expresaba; enume-
raba las de Maluco y la distancia a que se hallaban de la Equinoc-

cial; y de lo tocante a las costas de América, señalaba las latitudes y longitudes de los cabos de San Agustín y de Santa María, sin ningún otro más al sur, con lo que estaba demostrando una vez más, que sus conocimientos de la costa del Continente sólo hasta allí se extendían. Concluía su exposición, que protestaba hacer «con sana conciencia, no teniendo respeto a otra cosa sino a decir verdad», pidiendo al Monarca que la tuviese muy presente y la mandase bien guardar, pues «ya podrá venir tiempo que sea necesaria y excusará diferencias», como anticipándose así en sus vistas a lo que vislumbraba había de ocurrir más tarde, andando el tiempo, con la interposición de los intereses de ambas Coronas.¹ Con ello, justo será reconocerlo, al paso que el marino portugués daba pruebas del grande reconocimiento de que se sentía animado hacia Carlos V por los favores y la confianza que le dispensaba, dejaba de manifiesto cierto dejo de traición a su patria, que no podemos menos de vituperarle. Era ir, espontáneamente, más allá de lo que, todo bien considerado, podía pedírsele.

Cumplido así lo que creyó un deber hacia el Rey, y dando con ello remate a los asuntos de interés público, hubo de ocuparse de los que tocaban a su familia. Por esos días se veía padre de un niño de seis meses,² bautizado con el nombre de Rodrigo, su mujer doña Beatriz Barbosa se hallaba nuevamente en cinta,³ y se imponía así para él ver modo de atender al porvenir de los suyos en vísperas de ausentarse para un viaje tan largo como lleno de peligros de toda especie, cual era el que iba

1. *Documentos inéditos*, I, pp. 112-113.

2. Así lo expresó Jaime Barbosa en el interrogatorio (pregunta sexta) que insertamos en la página 307 del tomo II de nuestros *Documentos inéditos*.

No se necesita mucha suspicacia para caer en cuenta de que ese nombre de Rodrigo se le pusiera en el bautismo por haber sido apadrinado por Faleiro, desde ese día compadre a la vez que socio de Magallanes.

3. Muy varios anduvieron los testigos presentados por Barbosa en su pleito con el Fisco acerca de este punto. Magallanes en su testamento, algo dejó entender sobre el embarazo de su mujer al decir que el mayorazgo que instituía fuese en favor de Rodrigo o «después del hijo legítimo que Dios le diere» (II, p. 302); y luego bien expresamente en ese mismo documento, cuando al disponer de la forma de sucesión en el mayorazgo que instituía, declaró que debía pasar, llegado el caso, «a la criatura o criaturas de que la dicha doña Beatriz, mi mujer, hoy día está preñada...» Hecho que vuelve a recordar aún: «...e la criatura o criaturas de que la dicha doña Beatriz mi mujer, hoy día está preñada...». (Id. p. 306). Algunos de aquéllos afirmaron redondamente que del matrimonio con doña Beatriz sólo había nacido Rodrigo, pero otro, mejor informado, declaró «que doña Beatriz malparió del segundo preñado que tuvo». Tales son las palabras del apoderado de Lorenzo de Magallanes (II, p. 383, pregunta segunda).

a emprender. A ese intento y ajustándose en ello, por lo demás, a lo que en sus instrucciones se le prevenía, de que los que iban a sus órdenes extendiesen sus testamentos,⁴ procedió a hacer el suyo, allí en Sevilla, el 24 de agosto, bien fuera que hasta entonces no se hubiese todavía ausentado de su casa, ya que para el caso efectuara viaje desde Sanlúcar, donde hacía dos semanas a que la armada se hallaba en espera de poder hacerse a la vela.

En ese su testamento Magallanes se muestra muy fervoroso creyente y especial devoto de la Virgen María, y, como era de regla entonces en semejantes documentos, después de encomendar su ánima a Dios, procede a enumerar las mandas forzosas acostumbradas, añadiendo a ellas una especial para la capilla del Sagrario de la Catedral de Sevilla, «por reverencia de los santos sacramentos que de la dicha iglesia he recibido», decía, y con preferencia a ese templo y a otros de que también se acuerda, al de Santa María de la Victoria, en Triana, donde se había de enterrar su cuerpo, para hacer la capilla,⁵ el tercio del diezmo que le correspondiera en el provecho que se obtuviera de la armada. Sin duda en memoria de sucesos de particular influencia en su vida, se acordaba, asimismo, en sus legados del monasterio de San Francisco, de Aranda de Duero, donde, quizás, se hospedaría cuando llegó por primera vez a ese pueblo y donde echó las bases de su negociación con Juan de Aranda; y, por último, del monasterio de Santo Domingo de las Dueñas en Oporto, ciudad que era la de su nacimiento, según parece lo más cierto.

Para su hijo Rodrigo instituía un mayorazgo que tuviese por base la gobernación de las islas y tierras que esperaba descubrir, con el título de adelantado, de que el Monarca por la capitulación Real le tenía hecha merced, y más la veintena parte de lo que rentaren, con especial condición de que, quien quiera que sucediese en el mayorazgo que así fundaba, habría de

4. «E ante todas cosas, le recomendaba el Rey, trabajad que se confiesen e fagan sus testamentos...» I, p. 66, artículo 25.

5. Ese convento fué consagrado en noviembre de 1517, bajo la advocación indicada, y su erección Real se hizo en 8 de diciembre de 1524.

En las instrucciones que Carlos V dió a Magallanes, dispuso, por la cláusula 24, que los tripulantes de la armada, o la «compañía» contribuyesen con cierta parte de las utilidades que se lograsen en el viaje «para la casa de Nuestra Señora de la Vitoria de la Orden de los Mínimos, que agora nuevamente se ha edificado en Triana de Sevilla..» *Docs. inedit.*, I, p. 66.

Llorens Asensio (obra citada, p. 78) nos informa que la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, de tanta devoción para Magallanes, se conserva todavía, aunque en lamentable estado, en la iglesia parroquial de Santa Ana, en Triana, en la capilla de las Santas Justa y Rufina.

llevar el apellido de «Magallaes» «e traiga mis armas, sin las mezclar con otras algunas, e si no se llamare de Magallaes e no trajera mis armas, según dicho es, en tal caso quiero y mando y es mi voluntad que haya el dicho mayorazgo un hijo o nieto o pariente más propinco de mi linaje que viva en Castilla y traiga mi apellido y armas;» con lo que bien se deja ver cuánta era la importancia que atribuía a su prosapia aristocrática y a que se mantuviese al través de los años, llegando en esto hasta establecer que, si por falta de todo descendiente suyo le sucediese en el mayorazgo su hermano Diego de Sosa, «que agora, declaraba, vive con el serenísimo señor Rey de Portugal», y se obligase a vivir en Castilla, debía adoptar el apellido de Magallanes y tener sus armas, «según e de la manera que las yo traigo, que son de Magallanes e Sosa.» Igual condición establecía que debía guardarse caso de llegar a tocar el mayorazgo a su hermana Isabel de Magallanes, y ya fuese uno u otra el sucesor en él, estarían obligados a acudir con la cuarta parte de todo lo que rentare a su mujer doña Beatriz Barbosa.

Curador de su hijo Rodrigo instituía a Diego Barbosa, su suegro, estableciendo especiales legados a su favor. Para su hermana doña Isabel quería que su mujer doña Beatriz la asistiese con cinco mil maravedís anuales de los cincuenta mil de su sueldo que por especial autorización de Carlos V estaba autorizada para recibir por él.⁶

Sus ejecutores testamentarios serían su suegro y el doctor Sancho de Matienzo.⁷

No se olvidó tampoco Magallanes de Enrique de Malaca, aquel esclavo suyo que llevaría a su lado como intérprete en la *Trinidad*, a quien, junto con ordenar que se le diesen diez mil maravedís «para con que viva»; le concedía su libertad una vez que él muriera, «el cual dicho aforamiento yo le hago, declaraba, porque es cristiano e porque ruegue

6. Como se recordará, la real cédula del caso le fué firmada por el Monarca en 5 de mayo de ese año 1519. Añadiremos ahora, que la anotación respectiva se hizo en los libros de la Casa de la Contratación el 4 de agosto (*Anexo*, p. 52), por consiguiente, veinte días antes del otorgamiento del testamento.

Debemos agregar para completar esta información, que el último pago hecho en esa conformidad a doña Beatriz, lo fué el 24 de diciembre de 1520 (*Anexo*, p. 190).

Magallanes había recibido, como última cuota de sus salarios, 48 mil maravedís el 31 de julio (*Id.*, p. 188).

7. El testamento de Magallanes se halla en el Archivo de Indias, incorporado a un expediente de Jaime Barbosa con el Fisco, que insertamos en las pp. 293 y siguientes del tomo II de los *Documentos inéditos*. Guillemard lo tradujo al inglés y le dió lugar en las pp. 317-326 de su obra otras veces citada.

a Dios por mi ánima.» Ya veremos el resultado que el no cumplimiento oportuno de esta cláusula produjo más tarde...

Pero más digno de especial mención que ese legado era el que hacía a Cristóbal Ravelo, a quien, hay que notar, es el primero que nombra entre sus legatarios, llamándole su paje y legándole treinta mil maravedís «por los servicios que me ha hecho,» son sus palabras. Ya en algún otro lugar de este libro hemos insinuado la sospecha de que entre Magallanes y Ravelo mediaba alguna relación más estrecha que la de simple caballero y paje: ambos, según consta especialmente de Ravelo, por lo menos, habían nacido en Oporto; Magallanes le llevó consigo desde aquella ciudad a Sevilla cuando emigró de Portugal; por su misma calidad de paje, bien se deja entender que a la fecha del testamento debía de ser de muy pocos años; agregaremos que le hizo embarcar con él en la *Trinidad*, y aunque sea anticipar un tanto la relación de los sucesos, que en el curso del viaje le ascendió nada menos que a capitán de la *Victoria*. Todo esto está indicando cuánta era la predilección que Magallanes mostraba por él, que no se compadece, como insinuábamos, con meras relaciones militares y parecían más bien proceder de las de sangre. Y en efecto, es lo que resulta categóricamente expresado por un autor que escribía a principios del siglo XVII, basándose en la relación de uno de los que hicieron el primer viaje a las Molucas, que por nuestras inferencias no ha debido ser otro que Juan Sebastián del Cano, quien afirma que Ravelo era hijo bastardo de Magallanes: hecho interesantísimo, no tanto en sí mismo, cuanto porque ha de servirnos para explicar cómo y por qué fué que pereció el jefe de la armada.⁸

No satisfecho aún con los legados que había hecho al monasterio de la Victoria, en el mismo día en que firmaba Magallanes su testamento, extendía en forma solemne un memorial de «suplicación y renunciación», como él lo llamaba, para ser presentado al Emperador, en el que le pedía «que por la mucha devoción que yo tengo al dicho monesterio..., donde Vuestra Majestad me mandó entregar su Bandera, e por ser probes los frailes

8. El autor de nuestra referencia es fray Rodrigo de Agánduru Moriz, que en su *Historia general de las Islas Occidentales, etc.*, p. 48, escribe: «...atravesó una flecha a un hijo bastardo de Magallanes, llamado Rebello, mancebo brioso...»

En el prólogo de este libro hemos apuntado los fundamentos que nos asisten para pensar que la relación de que ese autor se valió para contar los sucesos de la armada de Magallanes fué la de Cano.

Podría oponerse a ese aserto del fraile agustino, o de quien primeramente lo dió, que en el rol de los tripulantes se señalan los padres de Ravelo; pero bien se comprende el motivo que éste tuvo para no nombrar a Magallanes.

dél, rueguen a Dios Nuestro Señor, me dé vitoria en este viaje que agora voy», dispusiese que los 12,500 maravedís de que le había hecho merced junto con el hábito de Santiago, se les pagasen desde el día de la concesión en adelante por todos los de su vida, con cargo de ciertas misas que habían de decir por su devoción.⁹

Arregladas y dispuestas sus cosas de esa manera, en sus relaciones oficiales y de familia, y habiendo llegado ya de vuelta de Barcelona el correo que los Oficiales de la Casa de la Contratación despacharon el mismo día en que la armada abandonó su fondeadero de Sevilla, Magallanes se dirigió inmediatamente a Sanlúcar de Barrameda, donde se hallaba ya anclada quizás desde el 11 de aquel mes de agosto.¹⁰

9. Publicada primeramente por Navarrete, y reproducida en nuestros *Documentos inéditos*, t. I, p. 104.

Falta aún por descubrir la escritura pública que Magallanes extendió en Sevilla ante el notario Pedro Farfán, el 15 de junio de ese año de 1519, a que él hace referencia en el citado memorial de 24 de agosto, y en que se contiene la donación que otorgó al dicho monasterio.

10. Consta que los Oficiales Reales le hicieron saber al Rey la salida de la armada por correo que le despacharon el mismo día 10 de agosto, por anotación de los libros de la Casa (*Anexo*, p. 188). El correo se llamaba Diego de Cueto, hizo el viaje de ida en cinco días y en otros tantos el de regreso; pero como es de suponer que algunos se pasaran antes de despacharlo de la Corte, de ahí que indiquemos su probable llegada hacia los últimos de ese mes de agosto, y la consiguiente partida de Magallanes para Sanlúcar.

El día de la partida de la armada, consta, sin muchísimas otras fuentes documentales, de la anotación de los libros de la Casa de la Contratación reproducida más atrás; pero en los historiadores se da con muchas variantes; algunas de las principales no parecerá fuera de lugar traer aquí a cuento.

Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo, López de Gómara y Garibay (que también indica el día de la semana), la apuntan con exactitud; Antonio de Herrera la silencia, limitándose a recordar la de Sevilla; el P. Las Casas la refiere al mes de septiembre; Argensola en su *Conquista de las Molucas* fija para ella el día 21 de septiembre, y otro tanto repite en sus *Anales de Aragón*.

No existen antecedentes que permitan señalar el de llegada de las naves a Sanlúcar, si bien es de suponer que marchando como iban con solas sus velas de trinquete y teniendo que escapar a ciertos bajos que existían cerca de San Juan de Aznalfarache, que exigían se navegara durante la marea alta, aquélla no tendría lugar antes del 11, para el recorrido de las 17 ó 20 leguas que dista Sevilla de ese puerto.

De los cronistas portugueses, Gaspar Correa indica para esa fecha el mes de agosto; Juan de Barros y Damián de Goes la omiten, si bien este último señala el 10 de agosto para la partida de Sevilla.

Resulta muy extraño que Agánduru Moriz, que afirma seguir una relación manuscrita, original de un compañero de Magallanes, (ya se dijo que éste parece ha-

Los tripulantes bajaban a tierra diariamente a oír misa, y en vísperas de partir, Magallanes dispuso que todos se confesasen. Dictó también una orden para que mujer alguna no se embarcase en la armada.

A bordo de la *Trinidad*, en que enarboló su insignia de capitán general, iban con él su hijo natural Cristóbal Ravelo, su cuñado Duarte Barbosa y Alvaro de la Mezquita, su sobrino. Le acompañaban, además, Enrique de Malacá y el joven vicentino Antonio Pigafetta, que desde ese momento iba a ser el cronista de la expedición. Martín de Magallanes, otro deudo de Magallanes, iba como sobresaliente en la *Concepción*.

Por fin, después de unos cuarenta días de haber anclado en aquel puerto, que se gastaron en ultimar los últimos aprestos y en espera de vientos favorables, desplegaron sus velas las naves y enderezaban sus proas al océano en la mañana del martes 20 de septiembre.¹¹

Conforme a lo que estaba estatuido, Magallanes señaló a sus capitanes el rumbo que debían seguir, indicándoles como punto inmediato de recalada las islas Canarias, etapa entonces obligada de las naves que se dirigían a América; a la cabeza marchaba la *Trinidad*, cuyo farol o estandarte debían seguir, ajustándose en todo a las señales que desde ella les hiciera para el orden de la navegación; distribuyó las tripulaciones en tres grupos, según las reglas establecidas para los navegantes por la Casa de la Contratación: el primero, a las órdenes del contramaestre; el segundo, a las del piloto, y el tercero, a las del maestro, que en la nave almiranta

ber sido Del Cano), asiente que la armada «salió por la barra de San Lúcar el 17 de febrero...» Verdad es, agrega, sumando un error a otro todavía más grave, si cabe, «que arribó dos veces a Cádiz y otra a San Lúcar, en que se pudo gastar algún tiempo, pero éste no fué tanto que alcance a concordarnos», (p. 19 de su citada obra), refiriéndose con esto último al cronista Herrera, al señalarla en el 10 de agosto.

Por fin, en las relaciones originales de que disponemos está correctamente expresada en Pigafetta; en la de Maximiliano Transilvano, al par que anota el 10 de agosto para la de Sevilla, se olvida de mencionar la de Sanlúcar; igual cosa ocurre en la Relación de un portugués (*Documentos inéditos*, II, p. 395) y con la otra, anónima también, que se publica allí mismo (p. 398).

11. No es posible llegar a un resultado seguro acerca de la causa de tan larga demora de la armada en ese puerto. Pigafetta asegura que se debió al acabar de vituallarla; si bien tal aserto no se armoniza con lo que consta respecto al completo aprovisionamiento con que las naves partieron de Sevilla; puede que de algo careciera aún, y que a esa causa del retardo se añadiera la falta de vientos propicios, que es lo que tenemos por más probable. Baste, en comprobación de esta hipótesis, con saber que la escuadrilla de Caboto estuvo allí detenida, por esa causa, cerca de tres semanas.

eran, respectivamente, Francisco Albo, Esteban Gómez y Juan Bautista de Punzorol.¹²

La guardia para la noche la distribuyó también en tres partes, o cuartos, como se decía entonces; el primero, desde la caída de la tarde hasta las doce; el segundo, que se llamaba de la modorra,¹³ hasta las cuatro de la mañana; y el tercero, hasta el rayar del alba.

Sin incidente alguno y en el tiempo acostumbrado¹⁴, la escuadrilla echaba sus anclas en Tenerife, una de las Canarias, el 26 de septiembre.¹⁵ Allí se detuvieron tres días para cargar leña y hacer provisión de agua: y se pasaron en seguida a un puerto de la misma isla nombrado Monte Rojo, (el llamado hoy Punta Roja), donde gastaron otros dos,¹⁶ para continuar, seguramente, aquellas faenas.

Allí llegó a juntárseles una carabela que había sido despachada apresuradamente de Sanlúcar, en la cual, al decir de Herrera, se les enviaba la pez de que iba falta la armada,¹⁷ y a su bordo, según refieren otros, un

12. Estos cargos eran desempeñados en las restantes naves en la forma siguiente: en la *San Antonio*, Andrés de San Martín y Juan Rodríguez de Mafra, pilotos; Juan de Elorriaga, maestre; Diego Hernández, contra maestre.

En la *Concepción*: Juan López Carvalho, piloto; Juan Sebastián del Cano, maestre; Juan de Acurio, contra maestre.

En la *Victoria*: Vasco Gallego, piloto; Antón Salamón, maestre; Miguel de Rodas, contra maestre.

En la *Santiago*: Juan Rodríguez Serrano, que hacía de capitán y piloto, según ya se dijo; Baltasar Genovés, maestre; y Bartolome Prieur, contra maestre.

Esta enumeración nos muestra que la mayoría de los encargados de guiar las naves eran extranjeros.

13. El empleo de «cuarto de la modorra» era de uso frecuentísimo antaño. El Diccionario de la Lengua sólo registra la expresión «hora de la modorra» y se ha olvidado de apuntar ese *cuarto*.

14. Para ahorrarnos mayores comprobantes, nos limitaremos a decir que la armada de Caboto partió de Sanlúcar el 3 de abril de 1526 y llegó a la isla de la Palma, otra de las Canarias, el 10 de ese mes, o sea, en un día más que la de Magallanes.

15. Tal es la fecha que apunta Pigafetta; siendo por extremo extraño que otro de los compañeros de Magallanes, como era Punzorol, la fije en el 29 de ese mes.

De los antiguos cronistas españoles, ni López de Gómara, ni Oviedo, ni Herrera, ni Argensola, ninguno, en una palabra, la señalan; menos aún los portugueses.

16. Eso es lo que cuenta Pigafetta. Hay documento del cual resulta que las naves se hallaban en Tenerife el 1.º de octubre, dato que por su generalidad no contradice el aserto del viajero vicentino, puesto que ese puerto de Monte Rojo es de la isla así llamada.

17. «Fueron a otro puerto de la misma isla, dicho Montaña Roja a donde estuvieron tres días aguardando una carabela que llevaba pez para la armada...» *Historiadores de Chile*, t. XXVII, p. 345.

emisario que Diego Barbosa enviaba a Magallanes para hacerle saber que por las noticias que había sabido a última hora, los capitanes de las naves iban conjurados contra él.¹⁸

Terminadas las faenas del aprovisionamiento, y después de haber admitido allí tres nuevos tripulantes para la armada y de quedarse uno de los que iban desde España,¹⁹ Magallanes levó anclas el 2 de octubre

18. Se hicieron eco de esta versión Correa en sus *Lendas da India*, (p. 15 de los Documentos de este tomo): «... mientras se hallaba allí, llegó una nave con cartas de su suegro, en las que le recomendaba tuviese cuidado de la seguridad de su persona, porque había sabido que los capitanes que iban con él habían contado a sus parientes y amigos, que si los maltrataba, le habían de matar y levantarse contra él;» y Juan de Barros (Id., p. 24): «... fué a parar a las Canarias, donde se detuvieron cuatro días; y aquí vino a Fernando de Magallanes una carabela, la cual dicen que le llevó aviso de que cuidase de sí, por cuanto los capitanes que llevaba iban con propósito de no obedecerle.»

Más terminante en semejante afirmación se muestra aún Argensola (Id., p. 49): «Llegó a las Canarias, donde se detuvo cuatro días. En ellas le alcanzó una carabela con aviso secreto de que sus capitanes le seguían con intento de no obedecerle, particularmente Juan de Cartagena, que llevaba los mismos poderes que Magallanes». Aserto que repite en sus *Anales de Aragón*, (Id., p. 57): «Allí les alcanzó la carabela que desde San Lúcar los seguía, cargada de pez, de jarcias y de herramientas. Dícese que truxo secreto aviso a Magallanes de que algunos capitanes de su armada iban conjurados para no obedecerle, o para matarle. Que estuviese con cuidado y les mirase a las manos...»

Ya en un párrafo anterior insinuábamos nuestra opinión acerca de la posible veracidad que reviste la existencia de ese pacto secreto de los capitanes de la armada contra Magallanes, y de cómo tenemos por más probable, en vista del dato que se registra en un documento oficial, de aquel «hombre despachado a Canarias», que el envío de la carabela obedeciese, más que al de jarcias y otras especies, al deseo de Diego Barbosa de hacer saber a su yerno el complot tramado contra él.

En abono de esta opinión nuestra, añadiremos que los cronistas que primero se hicieron eco de aquella noticia llevada a Magallanes, cuentan también que habría respondido a su suegro que la elección de los capitanes de las naves había sido hecha por los Oficiales Reales o por el Monarca, y que así, no podría achacársele en ningún momento la conducta posterior que observasen; y que, «ya fuesen malos o buenos,—son palabras de Correa,—había de trabajar por servir al Emperador, para lo cual ellos habían ofrendado sus vidas»; y que habiendo mostrado Barbosa a los Oficiales tal respuesta de Magallanes, elogiaron grandemente sus términos.

Argensola, en esta parte, dice que Magallanes disimuló lo que había sabido entonces y que anduvo muy sobre sí.

19. El que se quedó allí en Tenerife, probablemente con autorización de Magallanes, pues su nombre no aparece entre los desertores, fue Lázaro de Torres, que se había embarcado en la *Trinidad* en carácter de sobresaliente. Fué reemplazado por Hernán López.

Ingresaron también Andrés Blanco a la *Santiago*, y Blas Alfonso en la *Con-*

en la noche,²⁰ y andando con sólo los trinquetes hasta alejarse de tierra, desde que amaneció siguió en dirección al sud-oeste. A medio día llevaban andadas doce leguas.²¹

Ya bastante entrada la tarde de ese dicho día, iba a producirse el primer motivo de desazón entre Juan de Cartagena y Magallanes, con ocasión de no proseguirse en el rumbo que éste les había comunicado a los capitanes en la misma noche del 2 al tiempo de partir. Iban corriendo las naves, refiere Antonio de Herrera, «alguna vez al sur, y alguna al sur cuarta al sudeste, y después que la salvaron, no tomó más plática de las otras naves, sino siguió su vía, y al cuarto de la prima²² arribaron sobre ella [la capitana] y preguntáronle que a qué rumbo corría; respondió el piloto que al sur cuarta al sudeste. Y habiendo quedado el domingo pasado en la noche [el 2] que había de correr al sudeste hasta en altura de 24 grados, como se contenía en la derrota que dió en Sevilla, firmada del

cepción, ambos grumetes. Es probable que, además de éstos, haya también que añadir algunos más, tal vez dos, cuyos nombres se indicarán en el capítulo que consagramos a las biografías de los tripulantes de la armada,

20. Pigafetta señala el día 3, y aún añade que era lunes.

Argensola en su *Conquista de las Malucas* decía que la armada había permanecido cuatro días en Tenerife, y según eso, la partida habría tenido lugar el 30 de septiembre a más tardar; pero en sus *Anales de Aragón* la señala en el 2 de octubre. Así también Herrera, antes que él: «partieron a dos de octubre, ya de noche». En el fondo no hay propiamente discordancia entre el dato del cronista y el de Pigafetta, que comenzaría su cuenta desde cuando fué ya de día, estando aún las naves a vista de tierra.

Guillemard opta por la media noche del 3 (p. 149), y así también Denucé (p. 257). Si ha de señalarse hora, resulta evidente para nosotros que debe contarse esa de media noche como correspondiente a la del 2 y no del 3, y todavía con alguna exageración, pues Herrera, que es de quien procede la noticia, expresamente dice que la salida se verificó el 2, «ya de noche.»

Por lo demás, es tan preciso en esa parte el relato de Herrera y da tales detalles de lo que ocurrió a las naves inmediatamente después de su partida de Tenerife, que deja la impresión de que tuvo a la vista algún relato del viaje, que no es conocido.

21. En comprobación de lo que decimos en el final de la nota precedente, adviértase que es el mismo Herrera quien apunta este detalle, que no está en Pigafetta, agregando aún que a esa hora del medio día tomaron la altura, que resultó ser la de 27 grados de la Línea Equinoccial.

22. *Cuarto de la prima* es el que abarcaba desde las ocho a las doce de la noche (el Diccionario, siguiendo al de Autoridades, señala como límite las once). Era expresión tan frecuente como la del *cuarto de la modorra*, de que se habló antes. Don Alonso de Ercilla refiere en su poema un suceso personal que le ocurrió hallándose de centinela a esa hora:

Me cupo el *cuarto de la prima* en suerte.....

capitán general Hernando de Magallanes, le dijo Juan de Cartagena que cómo se alteraba aquella orden. Respondió Magallanes que le siguiesen y no le pidiesen más cuenta. Replicó Cartagena que le parecía que se tomase acuerdo de los pilotos y maestros y gente de mar, sin hacerlo tan sumariamente, pues no era justo, habiendo quedado en una cosa, hacer otra en tan poco tiempo, habiendo acordado con los capitanes, oficiales, maestros y pilotos de correr por otro rumbo del que corrían y habiendo enmendado sobre ello la derrota que dió en San Lúcar, conformándola con la primera, porque dijo que tenía yerro de pluma, y diciendo que partiendo de la isla de Tenerife corriesen al sur, hasta estar tan adelante cuanto los bajos de Río Grande, y que por aquel rumbo iban a dar en la costa de Guinea a vista de Cabo Blanco, por lo cual parecía no convenía a su camino meterse tanto en aquella costa. Respondió Magallanes que aquello había dado enmendado y hecho para en caso que algún navío se apartase de la conserva de la armada y no para más; que le siguiesen, como eran obligados, de día por la bandera y de noche por el farol; y así corrieron el dicho día lunes, desde medio día adelante, hasta el martes al salir del sol, por el sur, cuarta al sudeste, de singladura treinta leguas.»²³

Bien extraña, en verdad, era aquella exigencia de Cartagena, sobre todo en su boca, que de cosas del mar no se le alcanzaba una palabra, y mucho más, cuando la formulaba ante quien era su jefe y marino experimentado, y en términos tan insolentes, que se avanzó hasta decirle si los llevaba a vender a tierra de moros. En el hecho, sin embargo, tenía razón Cartagena, pues es sabido hoy que los barcos de vela deben aproximarse bastante a las islas de Cabo Verde, pasar la Línea hacia los grados 23 ó 24 y cuarenta minutos y dirigirse de allí en seguida a un punto situado a unas cien leguas de Cabo Frío. La expedición de Sebastián Caboto, por haberse apartado aún más que la de Magallanes de ese itinerario, se vió bloqueada por vientos contrarios en el puerto de Pernambuco, donde perdió tres meses, y vino a ser causa del fracaso que se le aguardaba.

23. En la página 346 del tomo XXVII de los *Historiadores de Chile*, al que remitiremos siempre al lector cuando citemos a Herrera, por si no dispusiera de las ediciones españolas antiguas, que será lo más probable.

De este primer encuentro entre Cartagena y Magallanes dieron alguna noticia los tripulantes de la *Victoria* cuando fueron interrogados en Valladolid en octubre de 1522. Preguntados cuál fué «la causa porque hobieron discordia Fernando de Magallanes y Juan de Cartagena y los otros capitanes y personas de la armada,» contestaron, Francisco Albo: «que el dicho Juan de Cartagena dijo al dicho Fernando de Magallanes, yendo por la mar de Canaria, que le diesen la derrota para donde iban, y Fernando de Magallanes le respondió que no se curase de aquello.» (*Documentos inéditos*, I, p. 305). Fernando de Bustamante: que «oyó decir que el dicho

Durante quince días anduvo la armada navegando con buen tiempo, hasta enfrentar las costas de Guinea, adonde les sobrevinieron calmas por espacio de más de veinte días, que en todos ellos no lograron andar sino cosa de tres leguas; soplaronles en seguida por tiempo de un mes, vientos contrarios, con tan grandes tormentas, que en alguna ocasión quisieron cortar los mástiles;²⁴ y tan pocos visos de cambio parecía asumir esa situación, que Magallanes tuvo por conveniente poner tasa en los bastimentos, limitando las raciones a libra y media de pan, media azumbre de vino y tres cuartillos de agua.²⁵

Allí en uno de esos días en que la escuadrilla se hallaba frente a las costas de Guinea, iba a producirse el segundo encuentro de Cartagena con Magallanes, esta vez por motivos más fútiles que en la otra, pero que había de resultar de consecuencias bastante graves. Mejor que nosotros lo supiéramos contar, lo hizo uno de los Oficiales de la Casa de la Contratación en carta dirigida al Obispo Fonseca, en los términos siguientes:

«Parece que en este tiempo, andando con calmerías en la dicha costa de Guinea, salvó una noche el dicho Cartagena, desde su nao, con un marinero, al dicho capitán Magallanes, diciendo:

—«Dios os salve, señor capitán y maestre, buena compañía.»

«Y no agradó al dicho Magallanes la dicha salva, e mandó a Esteban Gómez, piloto, que llevaba en su nao, que dijese a Elorriaga, maestre de

Magallanes e Cartagena habían habido palabras sobre las derrotas, e sobre que el Cartagena había dicho a Magallanes si los llevaba a vender a tierra de moros.» Id., p. 398.

En la carta que el contador López de Recalde escribió al Obispo de Burgos dándole cuenta de lo que habían llegado contando del viaje los tripulantes de la *San Antonio*, se halla también el siguiente párrafo sobre la incidencia de que se trata: «En Canaria parece que Juan de Cartagena pidió juntamente con los otros oficiales a Magallanes, que él debía consultar con él todas las cosas tocantes a su viaje, como conjunta persona,—y ya vemos aparecer la tan historizada frase, causa principal de todos los disgustos ocurridos a bordo,—e con los otros oficiales, conforme a las instrucciones que de S. M. llevaban, sobre lo que diz que hobo alguna manera de enojo entre ellos, porque Magallanes no le salía a ello, diciendo Cartagena que les diese la derrota por do habían de ir, y al fin les dió.»

Según esto, ese primer altercado habría ocurrido en Tenerife, inmediatamente antes de la partida, por consiguiente, en la tarde del 2 de octubre.

24. «Hacia los 14 grados de latitud septentrional, refiere Pigafetta, experimentamos varias rachas violentas, que, unidas a las corrientes, no nos permitieron avanzar. Cuando venía alguna de estas rachas, tomábamos la precaución de amainar todas las velas, poniendo la nave de costado hasta que cesaba el viento.» Página 422 de nuestra traducción, a la que referiremos siempre nuestras citas.

25. Este dato lo trae Herrera, p. 347.

la dicha nao *San Antonio*, que dijese al dicho Juan de Cartagena que no le salvase de aquella manera, salvo llamándole capitán general. E Cartagena le respondió, que con el mejor marinero de la nao le había salvado, y que, quizá, otro día le salvaría con un paje. Y diz, que dende en tres días el dicho Cartagena no lo tornó a saludar.

«En este comedio, pareció que en la nao *Vitoria*, de la cual iba por capitán Luis de Mendoza, acometió un marinero a un grumete en el pecado de contra natura, de que dieron aviso al dicho capitán Magallanes; sobre que un día de calma hizo botar fuera el esquife, e mandó llamar a su nao al dicho Cartagena e a los otros capitanes e pilotos de las otras naos, e, juntos, pasaron entre ellos muchas palabras sobre las dichas derrotas e manera de salvar, en que el dicho Magallanes echó mano del pecho al dicho Cartagena, diciendo: «sed preso.» Y el dicho Cartagena requirió algunos otros capitanes e pilotos que ende se hallaron, que le diesen favor para prender a dicho Magallanes, e no le acudieron, e quedó preso el dicho Cartagena, de pies en el cepo; y en esto, los dichos oficiales rogaron al dicho Magallanes que lo entregase a uno de ellos, y así, lo entregó al tesorero Luis de Mendoza, tomándole pleito homenaje de que lo volver cada e cuando que él se lo pidiese, preso; y con tanto siguieron su viaje adelante, e puso por capitán en su lugar a Antonio de Coca, contador.»²⁶

Uno de los tripulantes de la armada, que casi seguramente fué testigo presencial de aquella escena, o por lo menos debió de saberlo, de boca de uno de ellos, Juan Sebastián del Cano, declaró que la discusión habida entre Magallanes y Cartagena versó sobre las representaciones que éste le hacía de que, yendo por conjunta persona suya en el mando de la armada, en virtud de órdenes del Monarca, y habiendo sido recibido por él como tal, «no había de proveer cosa sin el dicho Juan de Cartagena, y entrambos juntamente habían de proveer en todas las cosas que fuesen necesarias; e que el dicho Magallanes le decía que no se había en aquello proveído bien, ni él lo entendía.»²⁷

26. Carta a Rodríguez de Fonseca, fecha en Sevilla a 12 de mayo de 1521, que contenía el resumen de lo que se desprendía de las deposiciones que se estaban tomando allí a los tripulantes de la *San Antonio* inmediatamente después de su llegada del Estrecho. Publicada primeramente por Navarrete, IV, p. 201, y reproducida por nosotros en las pp. 162-170 del tomo I de los *Documentos inéditos*.

27. Declaración prestada por Cano en Valladolid, en 18 de octubre de 1522. *Docs. inédts.*, I, p. 301.

En ella, Cano asevera que Magallanes quiso «echar desterrado en la costa del Brasil a Cartagena, y que por ruego de los otros capitanes no lo hizo por entonces; intento que, caso de haber existido, sólo pudo haberse puesto en ejecución a la lle-

Para la completa inteligencia del desarrollo de los sucesos, es de saber que el maestre (no marinero, como decía López de Recalde) acusado de aquel feo delito, fué el siciliano Antón de Salamón, hombre casado y que pasaba ya de los nueve lustros. En cuanto al grumete víctima del atentado, ya veremos el triste fin que se le aguardaba por las burlas posteriores de los tripulantes...

No es de pasar en silencio el comentario a que se presta la actitud observada por Cartagena ante la muy resuelta de Magallanes, cuando, trabándole del pecho, le dice que se dé preso; allí es entonces el mirar, en espera de que le favorezcan, a sus colegas en el mando de las naves y a los pilotos que estaban presentes, como recordándoles anteriores compromisos; pero sus expectativas le salen vanas y todos se quedan en silencio, y a lo más que se atreven es a rogar a Magallanes que el preso se le entregue a uno de ellos. Desde ese momento, el jefe de la escuadrilla recobraba la plenitud del mando, que después, sin embargo, había de disputársele en condiciones mucho más graves, pero a las cuales sabría también sobreponerse dando pruebas de un ánimo inquebrantable...

Por fin, pasadas aquellas «calmerías», lograba la escuadrilla doblar la Línea hacia mediados de noviembre, y el 29 de ese mes se hallaban en el paraje del Cabo de San Agustín, cosa de 27 leguas al sudoeste, siguiendo siempre el mismo rumbo hasta el 5 de diciembre, en que lo cambiaron una cuarta al sur; el 8 lograban avistar tierra y al siguiente amanecían en derechura de Santo Tomé; tres días después se hallaban frente al Cabo Frío, que doblaron, para penetrar el 13 a una gran bahía,

gada de la armada al puerto de Santa Lucía, que fué el único punto de la costa de aquel país en que tocó, y eso, no entonces, como afirmaba el deponente, sino al tiempo que allí se arribó.

Agánduru Moriz, en su citada *Historia general*, p. 24, se hace eco de la misma especie: «... tuvo aquí [en el Brasil] algunos disgustos con algunos de su armada, por lo cual dejó en el Brasil un capitán, pareciéndole que, sin él, los atajaba.» Dato que nos servirá de comprobante, sin varios otros, para llegar a persuadirnos de que la relación que seguía era la de Cano.

Afirma igualmente Cano que Magallanes confió el preso, no al tesorero Mendoza, como lo escribía López de Recalde, sino a Gaspar de Quesada, en cuyo caso, Cartagena habría quedado preso, no en la *Victoria*, sino en la *Concepción*, que era la que comandaba aquél. ¿Cuál de las dos relaciones es la exacta? Una y otra, según parece, pues Magallanes, «a los pocos días,—así lo trae Llorens Asensio,—relevó a Coca y nombró en su lugar a Alvaro de la Mezquita, sobrino suyo, y quitando a Luis de Mendoza la guardia de Cartagena, la confió a Gaspar de Quesada.» *La primera vuelta al mundo*, p. 49. Salvo, diremos por nuestra parte, que ese cambio de capitán se verificó en Río Janeiro.

que llamaron de Santa Lucía, del nombre de esa santa que celebra la Iglesia en dicho día.²⁸

28. El derrotero seguido por la armada lo da en todos sus detalles, a contar desde el 29 de noviembre, Francisco Albo en su *Diario*, que el lector puede consultar en las pp. 312 y siguientes del tomo I de los *Documentos inéditos*.

Es de preguntarse por qué comenzó Albo sus anotaciones desde ese día y no antes. Se había embarcado como contraamaestre de la *Trinidad*, y como a tal, se le computó su sueldo (*Anexo*, p. 28). De ahí la sospecha que abrigamos de que Magallanes lo ascendiera a piloto, con cuyo carácter regresó en efecto a España en la *Victoria*. Y tal sería la explicación que pudiera darse a que sólo en aquel día 29 de noviembre comenzara a llevar su *Diario*, el único documento de esa especie, netamente técnico, que nos haya quedado de la expedición de Magallanes.

De lo que refería López de Recalde al Obispo de Burgos parece desprenderse que la armada tomó agua y leña en cuanto llegó a la costa del Brasil, es decir, días antes de arribar a Santa Lucía: «y llegados a la costa del Brasil tomaron agua y leña..., y dende fueron a surgir costeano al puerto de Santa Lucía...» I, p. 165. Tenemos esta información por errada, porque si así hubiera sucedido, no dejaran de consignar circunstancia tan capital como la de tomar tierra, Pigafetta, Albo y Punzorol en sus relatos.

También, según aquella fuente, desde aquel momento Magallanes habría confiado la dirección de la escuadrilla a López Carvalho, dándole el farol en la nao *Concepción* «para que tirase el camino la costa adelante, el cual diz que se allegó tanto a tierra, una y dos veces, que si no fuera por Esteban Gómez, que iba con el dicho Magallanes, hubieran dado al través en la costa...» (Id., id.)

Más probabilidades de ser exacta reviste esta aseveración, pues, como ya sabemos, López Carvalho había residido durante cuatro años en el Brasil, y en esa conformidad pudo Magallanes confiarle la dirección de las naves; pero nos inclinamos a creer que eso ocurriría después de la salida del puerto de Santa Lucía.

Es también lo que afirma Gaspar Correa, aunque en el falso supuesto de que López Carvalho se embarcase allí: «Desde allí partieron llevando como piloto mayor a un portugués llamado Juan López Carvalhinho, que había estado anteriormente en este río, y llevó consigo a un hijo que había habido allí en una mujer natural de aquel país.» (Documentos de este tomo, p. 15.)

Como era costumbre entre los antiguos navegantes españoles, al denominar a esa bahía con el nombre de Santa Lucía se ajustaron a la nomenclatura eclesiástica del santoral, práctica que en muchas ocasiones sirve de fuente preciosa al investigador moderno para señalar las fechas que de otra manera sería imposible averiguar. La razón de semejante práctica la daba Fernández de Oviedo, diciendo que «porque, como criptianos e católicos han descubrierto estas partes, pusieron nombres de sanctos y sanctas que los fieles y la religión criptiana solemniza en aquel día que vieron tales tierras e islas, e conforme a la devoción del capitán descubridor, tanto, que mirando una destas nuestras cartas de marear, parece que va hombre leyendo por estas costas un calendario o catálogo de santos, no bien ordenado, aunque los descubridores a su propósito bien lo ordenasen.» *Historia de las Indias*, II, p. 146.

Ya tendremos ocasión de hallar comprobado este aserto del cronista de

Apenas habían echado las naves sus anclas, cuando comenzaron a llegar los indígenas en sus canoas, llevando gallinas, papagayos y otras aves, que trocaban gustosos por las baratijas que veían en manos de los españoles. «Por un anzuelo o por un cuchillo, refiere Pigafetta, nos daban cinco o seis gallinas; dos gansos por un peine; por un espejo pequeño o por un par de tijeras, obteníamos pescado suficiente para alimentar diez personas; por un cascabel o una cinta, los indígenas nos traían una cesta de patatas [camotes]... De manera igualmente ventajosa, cambiábamos las cartas de los naipes: por un rey me dieron seis gallinas, creyendo que con ello habían hecho un magnífico negocio.» Ofrecían también un esclavo

Indias en el curso del viaje de Magallanes, y muy especialmente en su último aserto al expresar que ese calendario no iba siempre muy bien ordenado, como hemos de ver que sucedió con el nombre de Todos Santos con que designó Magallanes el Estrecho.

Esa bahía de Santa Lucía no es otra que la de Río Janeiro, que en su nombre mismo está demostrando que fué designada así por haber sido descubierta en un mes de enero. ¿Cuándo y por quién fué denominada así?

Varnhagen (*Historia geral do Brazil*, t. I, p. 83, segunda edición) creía que ese nombre le había sido dado por los tripulantes de la armada portuguesa de Nuño Manuel, dirigida que iba por Américo Vespucio, por haber llegado a la bahía el 1.º de enero de 1502. Sea así o no, el hecho es que con el nombre de Río Janeiro (o Genero, Geneiro) se registra ya en el portulano de la Biblioteca Nacional de París, que se cree datar de los años de 1516, más o menos, y ser obra de Reinel [Denucé, p. 260], y en el de Magiollo, de 1519. Véase el artículo de nuestro malogrado amigo Mr. Orville A. Derby, intitulado: *Os mappas mais antigos do Brazil*, inserto en la *Revista do Instituto Historico de São Paulo*, 1903, p. 24, nota 1.

Sea como quiera, esa bahía había sido descubierta mucho antes de que Magallanes llegara a ella, y desde 1511 el comerciante portugués Juan de Braga mantenía en una de las islas que tiene, una tienda o factoría para sus negocios con los indígenas del continente. López Carvalho, uno de los pilotos de la armada de Magallanes, se sabe que había residido allí durante cuatro años, y a su lado llevaba también un niño hijo suyo, que había habido en una indígena de la localidad, como ya se dijo.

Tanto lo sabía Magallanes, que, según asevera Argensola, ese cambio de nombre lo hizo muy de propósito: «Entraron en la bahía de Janeiro, cuyo nombre mudaron los castellanos en el de Santa Lucía, por celebrarse entonces su día.» *Anales de Aragón*, en los Documentos de este tomo, p. 57.

«Llamada de los portugueses, dice por su parte fray Gaspar de San Agustín, la costa de Genero, y ellos la llamaron de Santa Lucía, por haber llegado a ella aquel día.» Id., p. 74.

No necesitamos recordar que el nombre que le puso Magallanes fué tan pronto olvidado, que los tripulantes de la armada de Caboto la designaban ya con el que actualmente conserva.

en cambio de una hacha; pero a semejante tráfico se opuso resueltamente Magallanes, tanto para evitar que los portugueses se quejasen, como por no dar cabida en las naves a gente que le consumiese los mantenimientos.²⁹

Callan los Diarios del viaje la acogida que a los tripulantes de la escuadrilla hicieron los portugueses allí establecidos, pero alguno de aquéllos recuerda, en cambio, que a la muy calurosa de los indígenas contribuyó la circunstancia casual de haber coincidido con su llegada una benéfica lluvia después de la sequía de dos meses que reinaba en esos parajes. De ahí también, que cuando salieron los españoles a tierra a oír la misa, todos asistieran a ella con el mayor silencio y recogimiento.

Cuatro días después de haber arribado, el cosmógrafo Andrés de San Martín tuvo ocasión de observar una conjunción de Júpiter con la Luna, por cuyo fenómeno pretendió averiguar la longitud del paraje en que se hallaban, haciendo sus cálculos sobre el meridiano de Sevilla, aunque sin el resultado que esperaba, por causa de hallarse erradas, según creyó, las *Tablas* de Juan de Monterregio de que se valía.³⁰

29. Herrera (seguido por Argensola) es quien cuida de recordar semejante prohibición de Magallanes.

Es bien curioso lo que sobre el particular refiere Pigafetta. «Algunas veces, para procurarse un hacha o un cuchillo, nos ofrecían por esclavos una y hasta dos de sus hijas, pero no nos ofrecieron jamás sus mujeres, quienes, por lo demás, no habrían consentido en entregarse a otros que a sus maridos, porque, a pesar del libertinaje de las solteras, su pudor llega a ser tal cuando se casan, que no soportan que sus maridos las abracen durante el día.»

Y por extremo gracioso la conducta de una de esas muchachas a bordo, de que fueron testigos él y Magallanes. «Las jóvenes, prosigue Pigafetta, venían con frecuencia a bordo a ofrecerse a los marineros a fin de obtener algún presente; un día, una de las más bonitas subió también, sin duda con el mismo objeto; pero habiendo visto un clavo del tamaño de un dedo, y creyendo que no la observaban, lo cogió y con gran rapidez se lo colocó entre los dos labios de sus órganos genitales. ¿Creía ocultarlo? ¿Creía así adornarse? Tal fué lo que no pudimos adivinar.»

30. Da cuenta por extenso de esa operación Antonio de Herrera. Ni fué esa la única que hiciera aquel astrónomo, pues con vista de sus papeles, Juan de Barros cuenta que en 1.º de febrero de 1520, apuntó otra oposición de la Luna y Venus; en 23 del mismo mes, una tercera del Sol con la Luna. «Y de no responderle a su intento sobre el negocio a que iban, añade, culpa a unas *Tablas* de Juan de Monterregio, diciendo que no podía ser sino que los números estaban errados...»

Tratando de esto mismo, Argensola recordaba que «en toda esta navegación (según lo refieren las memorias della) andaban todos los navegantes puestos los ojos y las manos en los cuadrantes, las agujas y en las cartas de marear, mirando las alturas del Polo, observando los vientos, y no mudaban rumbo, ni acomodaban las velas sin particular estudio. La relación de lo cual, declarada con los términos y palabras de que usan los marineros (como es forzoso en toda propiedad) sería

El día 20 de ese mes de diciembre tuvo lugar en tierra la ejecución del maestre Antón Salamón, condenado a la última pena en consejo de guerra por el delito de que se hizo reo a bordo de la *Victoria*, en la cual iba de maestre, según dijimos.³¹

Hecha esta justicia, Magallanes procedió a verificar algunos cambios en el alto personal de la armada. Privó a Antonio de Coca del mando de la *San Antonio*, que le había confiado después de meter preso a Juan de Cartagena, y en su lugar colocó a Alvaro de la Mezquita, su primo, que iba de sobresaliente en la *Trinidad*, a la vez que entregaba aquél a la custodia de Gaspar de Quesada. Dícese que tuvo pensado dejar allí a Cartagena, y que al fin desistió de ello a ruego de los demás capitanes y probablemente también en vista del alto cargo con que salió investido de España y de los encumbrados protectores con que allí contaba.³² ¡Mejor le hubiera estado al veedor general de la armada y al propio Magallanes que hubiese llevado a la práctica esa su primera determinación!

Considerando que López Carvalho, por su larga permanencia en aquellos parajes debía conocerlos bien, le confió el que pilotease la armada, «dándole el farol en la nao *Concepción*, para que tirase el camino la costa adelante»;³³ y terminadas ya las faenas de aprovisionamiento de leña y de la provisión de agua, y deseoso, asimismo, de escapar a los grandes calores que se experimentaban en el rigor del verano en aquellos sitios, púsose con sus naves en franquía el 24 de diciembre a la boca del puerto, y salió de allí el 26, para hacerse, por fin, a la vela el 27.³⁴

desabrida a los lectores que no han profesado el Arte náutico, o no se precian de muy expertos en las navegaciones.» *Anales de Aragón*, p. 58 de los Documentos de este tomo.

Previa esta declaración, que hacemos nuestra, sólo haremos a ella una excepción al dar cuenta del eclipse observado por San Martín en las costas de Patagonia.

31. *Documentos inéditos*, I, p. 171. He aquí ese apuntamiento: «En martes veinte días del mes de diciembre de mil quinientos diez y nueve años, fué sentenciado a muerte Antón Salamón, maestre que fué de la nao [*Victoria*], por somético, la cual sentencia fué ejecutada este dicho día en el puerto de Santa Lucía, que en la costa del Brasil.» Probablemente se le daría garrote o se le ahorcaría.

32. Ya expresamos en una nota anterior que el dato procede de la declaración de Juan Sebastián del Cano (II p. 301).

33. Así López de Recalde en su citada carta al Obispo Fonseca, (I, p. 165).

34. Estas diversas maniobras las refiere así Herrera: «Estuvieron dentro deste río [Janeiro] hasta la víspera de Navidad, que se pusieron en la boca dél, y salieron el día de San Esteban. Y el día de San Juan, a 27 de diciembre se hicieron a la vela...»

Respecto de la salida de la escuadrilla del puerto de Santa Lucía, Pigafetta se limita a decir que «pasaron en este puerto trece días.» Albo: «...y aquí entramos

Tomó la escuadrilla el rumbo del oes-sudueste. A la vanguardia iba la *Concepción*, que mostraba el farol, piloteada por López Carvalho, y navegaban pegados a la costa,³⁵ hasta descubrir, el 31 de diciembre, siete islas frente a una bahía que tenía buena entrada, que se llamaba de los Reyes.³⁶ Tanto se acercó López, en una y dos veces, a la costa, que habrían dado al través en ella, si no hubiera sido por Esteban Gómez, que fué quien desde entonces tomó a su cargo la dirección de la armada. El 7 de enero del año 1520 que entraba, «pareciendo que el agua no tenía señal de golfo», por indicación de Andrés de San Martín se echó la sonda, y hallaron 85 brazas de fondo, de arena obscura, muy menuda. El día 10, una hora antes que se pusiese el sol, al tiempo de salvar la capitana, se supo por Gómez que se hallaban en los 34 grados de latitud, con un fondo de 15 a 18 brazas; amainaron entonces y corrieron con los trinquetes al oes-sudueste, 35 leguas, hasta la salida del sol; enderezaron rumbo al oes-norueste y a otros varios, hasta medio día, prolongando la costa por espacio de 6 leguas; con un aguacero que les sobrevino, después de haber andado otra legua y media, amainaron hasta las cinco de tarde, y siempre a la vista de la costa, que era muy baja, no pudieron descubrir en ella otra señal sino tres cerros que parecían islas, «los cuales, dijo el piloto

el mismo día de Santa Lucía, y estuvimos hasta el día de San Juan, que a 27 de dicho mes de diciembre, y partimos el mismo día...» Antonio de Brito en su carta al Rey de Portugal señala en 15 ó 16 días la permanencia de la escuadrilla en Río Janeiro, (I, 325). Juan Bautista de Punzorol, por el contrario, acorta en un día menos la permanencia allí, señalando como fecha de la salida el 26 (II, 399),

Argensola en sus *Anales de Aragón*. (Documentos de este tomo, p. 58), se limita a fijar la partida «por los últimos días de ese año...» Y fray Gaspar de San Agustín, finalmente, guiándose, sin duda por Herrera, señala, como éste, el 27.

De los modernos historiadores, Guillemard se pronuncia por el 26, (p. 155), si bien en nota reproduce el dato del cronista de Indias; el P. Pástells, y Denucé, optan por el 27,

El día en que la Iglesia celebra el día de San Esteban, protomártir, es el 26 de diciembre. Bastús, *Nomenclator eclesiástico*, (p. 87).

35. «... continuando en seguida nuestra derrota pegados a la costa...» Piga-fetta. «Partió desde Río de Janeiro... navegando a lo largo de la costa...» Diario de Punzorol. «De allí partieron costeano...» Carta de Antonio de Brito.

36. Así, «que se llamaba», escribe Albo en su Diario; luego, estaba ya descubierta entonces. La fecha de llegada allí la señala el mismo Albo. Esa bahía estaba en latitud de 25°23' y parece corresponder, según opina Denucé, a la llamada hoy Paranagua, cuya verdadera latitud es de 25°28'.

A pesar del aserto de Albo, los cartógrafos señalan por primera vez ese nombre de bahía de los Reyes con vista de su Diario. Véase HARRISSE, *The discovery of North America*, (p. 516).

Carvalho, que eran el Cabo de Santa María, y que lo sabía por relación de Juan de Lisboa, piloto portugués, que había estado en él.»³⁷

Uno de esos cerros que parecían islas, situado «en derecho» del Cabo Santa María, tenía la forma de un sombrero, «al cual le pusimos nombre Montevidi», refiere uno de los pilotos de la armada, «y en medio dél y del Cabo Santa María, hay un río que se llama Río de los Patos»...³⁸ Habían llegado, pues, a la desembocadura del Plata, después de 113 días de viaje desde que partieron de Sanlúcar.³⁹ Era también aquel el último punto de la costa a que hubieran alcanzado los marinos españoles y portugueses.⁴⁰

37. Seguimos en esta parte del viaje el relato de Herrera, fundado, sin duda alguna, en el de algún diario del viaje, que no ha llegado hasta nosotros. Respecto de la referencia al de ese piloto portugués, ya se dijo que se tiene hoy por averiguado que se verificó en 1514.

Según lo que apunta Herrera, queda dicho que la llegada allí se verificó el día 11 de enero; Albo, al paso que señala la latitud de 35 grados, da como fecha del arribo el día 10: «Martes 10 del dicho... vino a ser nuestra altura 35 grados, y estábamos en derecho del Cabo Santa María...»

38. Ese nombre lo da Francisco Albo, y corresponde al de Santa Lucía, según toda probabilidad. En el mapa de Cano y Olmedilla, lleva a su desembocadura el nombre de Canelones, que forman los de Santa Lucía, Grande y Chico, y el de San José.

En la cartografía de los primitivos descubridores son varios los ríos de la costa oriental de la América del Sur, a contar desde la del Brasil, a los cuales dieron ese nombre de los Patos.

39. A título de ilustración y como base para comparar la duración de algunos de los viajes de esos años desde España al Río de la Plata, con el de Magallanes, diremos que la del de Díaz de Solís fué de 117 días. La armada de Jufre de Loáisía gastó desde la Gomera hasta enfrentar el estuario, 136 (14 de agosto-28 de diciembre de 1525) Caboto, que salió el 3 de abril de 1526, también de Sanlúcar, como Magallanes, llegó al Cabo Santa María el 21 de febrero del año siguiente, empleando, por consiguiente, cerca de once meses en el viaje, por causa de las recaladas que hizo en el camino. Diego García, que partió del Cabo de Finisterre o de la Coruña el 15 de enero de 1526, pero de las Canarias sólo el 1.º de septiembre, llegó al Cabo de Santa María en la segunda quincena de enero del año siguiente, demorando, así, en el viaje muy cerca de cinco meses. Simón de Alcazaba salió de Sanlúcar el 21 de septiembre de 1534 y llegaba a la boca del Estrecho el 17 de enero del año siguiente; pero, como se detuvo en la Gomera nueve días, resulta que gastó en su navegación 119.

Compruébase, pues, que el viaje de Díaz de Solís y el de Magallanes, o sea los dos primeros realizados hasta allí, son también los que más se aproximan en su duración.

40. «Hasta este río [de la Plata] tienen descubierto los navíos de V. A.,» recordaba al Rey de Portugal en su carta Antonio de Brito al darle cuenta de la llegada de la escuadrilla de Magallanes allí. *Documentos inéditos*, I, p. 325.

«Jueves a doce de enero.—continúa refiriendo Herrera,— corrieron al norte en demanda de una como bahía, adonde amainaron por un aguacero que vino, y surgieron; y porque comenzó a cargar el temporal, que venía del Leste, y era tanto, aunque el fondo era basa, comenzaron a garrar, y convino echar otra áncora; y porque el temporal cargaba más, pareció al tesorero Luis de Mendoza, capitán de la nao *Victoria*, tomar parecer de los pilotos y gente de mar, y a Andrés de San Martín pareció que, mientras se tenían con las áncoras, no debían de hacer mudanza, por ser de noche, muy oscura e temerosa, y que con tan gran temporal no sabía cómo se pudiese ir en busca de la nao capitana, sin largar las áncoras para llegarse a ella, ni hacerse a la vela, que era el caso sobre que Luis de Mendoza pedía parecer, y que dejar las áncoras no era cosa de hacer, pues llevaban con ellas sus vidas, y pues que las tenían y la luna hacía el cuarto a la media noche, que de razón natural y curso de los cielos, y según el término que llevaba, a que pasado el cuarto aspecto del Sol, iba de acatamiento trino a Venus, entendía que abonanzaría el tiempo, y que, por tanto, atendiesen a lo que el temporal hiciese; y quiso Dios que dende a hora y media comenzó a abonanzar el tiempo y que se pudiese recoger una de las dos áncoras, porque se rozaba un cable con ellas; y después de haber abonanzado un poco el tiempo, fueron tantos los truenos y relámpagos, mezclados, a veces, con agua, que era espanto; y así se estuvieron hasta el viernes de mañana, que se levantaron y corrieron al Lueste, cuarta al Norueste, que fueron a dar en cuatro brazas, y por el poco fondo, mandó el General que fuese la nao *Victoria* en la delantera, junto con la nao *Santiago*, para que fuese sondando, por el poco fondo, y fueron con la sonda en la mano, desde seis hasta cuatro brazas y media, al Norueste, cuarta al Lueste, guiñando a una parte y a otra en demanda de la más agua, y corrieron hasta puesta de sol siete leguas y media, y surgieron en cinco brazas, y la señal del fondo era basa prieta.»

Ese mismo día en la tarde penetraban en el Río de Solís.⁴¹ Dos días

41. Tal es el nombre que le da Albo en su Diario (I, 216), y así también Pigafetta en el mapa que acompaña a su obra, Brito en su citada carta y López de Recalde en la suya al Obispo Fonseca, ya otras veces citadas. El autor del Derrotero escrito en portugués, declara que a ese río «se puso nombre de San Cristóbal» (*Documentos inéditos*, II, p. 399), y así se le llama en la Carta de Maiollo, de 1527.

Las Casas nos informa (tomo II, p. 270) que su descubridor le nombró «el cabo y río de Santa María»; en el mapa de Ribeiro se lee «tierra de Solís» a continuación del cabo de Santa María; pero en cuanto al río mismo, uno de sus afluentes, Paraná y el otro de Uruguay, tal como era su nombre indígena, dejando en blanco el del río mismo propiamente dicho. En el anónimo de Weimar, que parece ser el de Alonso de Chávez, se conserva la misma designación para la «tierra de Solís», pero el río

anduvieron por él las naves de la escuadrilla, y como comenzaran a levantarse ciertas murmuraciones entre los pilotos ante el temor de que pudieran encallar, porque el fondo que hallaban no pasaba de tres brazas, echaron las anclas, después de haber corrido unas diez leguas.⁴² Allí estuvieron durante seis días haciendo agua, «porque la hallaron tan buena como la del río de Sevilla». Mientras tanto, la *Santiago* se alejó en el reconocimiento que se le había recomendado, obra de unas 25 leguas;⁴³ y antes de que regresase, Magallanes se trasbordó a la *San Antonio* «para ir de la otra parte del río»,⁴⁴ a la vez que despachaba también a otra de sus naves en dirección al Sur «a ver si había pasaje para pasar»;⁴⁵ y cruzando el es-

lleva el nombre de Jordán, tal como en el llamado de Turín, de 1523, y en el de Schöner de 1533. En el de Caboto, que es de 1544, se conservan los nombres indígenas de sus principales afluentes, así como los había oído en aquellas regiones. El primer monumento cartográfico, con fecha, en que se le llama Río de la Plata, es en el atlas veneciano de Battista Agnese, de 1536.

El P. Las Casas se preguntaba ya en su tiempo cómo era que el río descubierta por Díaz de Solís y que él había intitulado de Santa María, se le llamaba de La Plata. López de Gómara da, a este respecto, el nombre indígena del río, y añade que Díaz de Solís lo nombró de La Plata por haber hallado allí muestras de ese metal, hecho doblemente falso, porque ni le nombró así, ni halló tampoco en él las muestras que indica. Fernández de Oviedo nos dice simplemente que los «cripistianos le decían de La Plata, pero que se había llamado Río de Solís, porque lo descubrió el piloto Johán Díaz de Solís»: (Tomo II, p. 167).

Resultaría más largo de lo que esta nota lo permite si continuáramos en esta disquisición, que ya en otra obra nuestra tuvimos ocasión de hacer y a la cual remitimos al lector curioso que quiera profundizar la materia (*Juan Diaz de Solís*, t. I, pp. cclxvi-cclxxxvi); bástenos, en conclusión, con recordar las palabras de Alonso de Santa Cruz, en declaración suya de agosto de 1530: «questando este testigo allá en aquella tierra con el dicho capitán general [Caboto] vido quel dicho capitán Diego García fué allá al dicho río que se dice de Solís, que nunca lo ha oído mentar de La Plata, sino cuando el dicho capitán Diego García fué con la dicha armada de S. M.»

Así, pues, debióse a Diego García el nombre de Río de La Plata, que le puso cuando fué a él en 1527.

42. Creemos que eso es lo que puede desprenderse de la relación de Albo: «...y por allí adelante fuimos todavía por agua dulce y la costa corre lessueste-oesnoroeste, diez leguas de camino.....»

43. Antonio de Brito, en su carta citada, extiende hasta 50 leguas la parte del río que debía reconocer la *Santiago* (I, p. 325).

44. Del trasbordo de Magallanes de la *Trinidad* a la *San Antonio* da fe Argensola en sus *Anales de Aragón* (p. 59). Del propósito con que lo hizo, a la vez que él, Albo y Brito.

45. Aserto importantísimo, como bien se comprende, y que pone de manifiesto cuán ajeno se hallaba el jefe de la escuadrilla del sitio en que pudiera encontrarse el Estrecho que buscaba. El pasaje que trascribimos a propósito de esto es del piloto

tuario, ambas naves volvieron, después de dos y cuatro días, con la noticia de que la anchura del río alcanzaba a 20 leguas, y de que no existía por allí el paso que buscaban.⁴⁶ La *Santiago* regresaba también al fondeadero después de quince días, trayendo la misma noticia.

A todo esto, los indígenas que poblaban las riberas, a la vista de las naves comenzaron a abandonar sus viviendas, retirándose al interior con sus efectos, temerosos de ser atacados; los españoles, a su vez, sabían que por allí estaban poblados los caníbales que se habían comido a Díaz de Solís y a algunos de sus compañeros. Por fin, un día de aquellos, se atrevió un indio de estatura gigantesca, o tal la creyeron al menos los españoles, a aproximarse a las naves, lanzando gritos tan fuertes que parecían bramidos de toro, mas se volvió a tierra sin subir a bordo; Magallanes y los suyos, deseosos de verlos de cerca, equiparon hasta con cien hombres tres bateles y bajaron a tierra, pero no lograron atrapar a ninguno por más que corrieron tras de ellos. En la noche, sin embargo, llegó uno a la nave capitana, vestido con una piel de cabra, (?) sin manifestar, al parecer, el menor temor. Hízole dar Magallanes una camisa y un gabancillo de paño colorado, que le vistieron, y preguntáronle luego por señas, mostrándole una taza de plata, si había metal de ese por allí, a lo que contestó, de la misma manera, que sí. Pasó la noche a bordo y al día siguiente de mañana «saltó en la costa» y desapareció tierra adentro. Y tal fué la única relación que los tripulantes de la armada tuvieron con los indígenas ribe-
ranos.

Durante la permanencia de la escuadrilla en aquellos sitios ocurrió la desgracia de haberse ahogado en el río, el 25 de ese mes de enero, Guillén Ires, grumete de la *Concepción*.⁴⁷ En ese tiempo también se hizo provisión de leña y del pescado que pudieron coger, y a 2 de febrero levaron anclas y comenzaron a descender por el río; fondearon en la noche, «a cinco leguas del monte», y al siguiente día hicieron nuevamente vela, hasta hallarse frente a Montevideo, donde echaron al agua el cadáver de Sebastián de Olarte, marinero de la *San Antonio*, muerto a consecuencia

Albo, y confírmase con cuantos traen al hablar de la permanencia de la escuadrilla los testigos presenciales de aquellas exploraciones; así, Pigafetta: «Gia se pensaba che de qui se pasasse al mare de Sur....» Brito: «...mandó que el navío *Santiago* se adelantara como 50 leguas para ver si había paso....» «...cuidando siempre de hallar algún paso ...» *Navegación y viaje*, etc., (II, p. 399).

46. He aquí lo que de tan importante circunstancia refiere Pigafetta: «Anteriormente se había creído que esa agua no era la de un río, sino un canal por el cual se pasaba al Mar del Sur; pero se vió bien pronto que no era sino un río, que tiene diez y siete leguas de ancho en su desembocadura». (II, p. 426).

47. *Documentos inéditos*, I, p. 171, y *Anexo*, p. 228.

de un puntapié que otro marinero le dió.⁴⁸ El sábado 4 tuvieron que surgir en fondo de siete brazas para tapar una vía de agua a la *San Antonio*, faena en la que gastaron el día 5; el lunes 6, una hora antes de amanecer, pusieron rumbo al Sur, pero volvieron a surgir a eso de las cinco de la tarde, en 5 brazas, porque vieron por proa tierra muy baja; el 7 levaron anclas al salir el sol, reconocieron la dirección de la costa y surgieron luego, por no decaer con la calma y corriente; comprobaron hallarse en latitud de 35 grados tres cuartos, y al día siguiente llevaban corridas a luengo de costa 14 leguas hasta el día; continuaron siempre en la misma dirección todo el resto del día y la noche, divisando continuamente los humos que se hacían en tierra, y así hasta el 12 de febrero, en que surgieron de nuevo al anochecer, en circunstancias que bien pronto se descargó una tormenta con truenos, relámpagos y rayos, que duró buen rato. El 13 en la mañana volvieron a levar anclas, «en derecho de los bajos, donde la *Victoria* dió muchas culadas,» para surgir otra vez ese mismo día; y siguieron hacia el sur el 14, costeano a una legua de tierra durante el día, y de cinco a seis en las noches. El tiempo permaneció tan cerrado en los días siguientes, que desde el 15 hasta el 18 no lograron tomar el sol; el 19 pudieron cerciorarse que se hallaban en 39 grados y un tercio, enderezando entonces el rumbo hacia el Sud-oeste; el 20 habían alcanzado la latitud de 40 grados 17 minutos, y modificando la derrota en dirección al oeste-noroeste, el día 24 fueron a hallarse en derechura de una bahía muy grande, en latitud de 42 y medio grados, a la cual pusieron el nombre de San Matías por haber llegado a ella en el día de este santo; penetraron bien dentro para ver si por allí hubiese estrecho,⁴⁹ y después de recorrerla, por no hallar fondo para surgir, se salieron, para seguir nuevamente la costa. Ya desde entonces comenzaron a sentir que el frío iba en aumento, al paso que el mal tiempo arreciaba, a tal punto, que pasaban tres y cuatro días sin que las naves pudiesen volver a reunirse.⁵⁰

El día 27 y en latitud de 44 grados, hallaron una bahía, que a distancia de tres leguas de su boca tenía dos islas, seguramente las llamadas de los Pengüines y de los Leones, fronteras de Puerto Deseado; surgieron dentro de la bahía para tomar agua y leña; «fué un esquife con seis hombres a tierra,»—y desde este punto es relato del piloto que tras-

48. *Id. id.*, p. 171.

49. «Y habiendo hallado una bahía muy hermosa, quiso Hernando de Magallanes entrar en ella, para ver si era estrecho...» Herrera, p. 353, ed. cit.

50. El dato procede de la misma fuente: «y mientras más adelante, iban teniendo mayores tormentas, y pasaban tres y cuatro días sin que las naves se volviesen a juntar.»

cribe Herrera,—«y por ser mala costa, llegó a una isla pequeña, donde había lobos y patos marinos en tanto número, que se espantaban las gentes, y por no hallar agua ni leña cargaron de lobos y patos, y toda la armada pudiera cargar dellos, y los patos por tener la pluma corta, no pueden alzar vuelo;⁵¹ y estando el esquife para partir, se levantó tan gran tormenta, que se hubieron de quedar aquella noche en la isla, adonde pensaron ser comidos de los lobos y muertos del frío. Llegó al amanecer un batel con treinta hombres, que el General enviaba en busca de los seis; hallaron el esquife solo, entre unas peñas, y juzgando que los lobos habían comido los seis hombres, daban voces, a las cuales salieron de entre unos peñascos más de doscientos lobos, dieron en ellos, mataron cincuenta y los otros se entraron a la mar; fueron a las peñas de donde salieron los lobos y hallaron los seis compañeros escondidos, por los lobos, y más muertos que vivos por el frío y el agua que les había entrado. Volvieron a las naos con los lobos muertos, y luego envió el General tres bateles a cargar desta caza, pero no hallaron más de patos, porque los lobos, escarmentados, no salían de la mar.

«Y estando vergas en alto, sucedió tan gran temporal de viento, a la travesía, que reventaron las amarras de la capitana y se acercó tanto a unas peñas, que, si quebrara una sola amarra que tenía, no quedara hombre vivo. Confesábanse unos a otros y encomendábanse a Dios, prometiendo limosnas,⁵² y echaron un romero a Nuestra Señora de la Vitoria. ofreciéndose todos por cofrades. Plugo a Dios por su santa misericordia que cesó la tormenta, y en amaneciendo, dieron todos los de las naos muchas gracias a Dios de verse salvos, y porque calmó el viento no pudieron salir de allí. Y temiendo otra tormenta como la pasada, se amarraron muy

51. Pigafetta refiere que era tal la abundancia de los pingüines que allí hallaron y eran tan mansos, que en una hora hicieron provisión de ellos para las tripulaciones de las cinco naves.

52. Estos votos y promesas hechos por los tripulantes de los barcos en los momentos de tormenta, eran cosa corriente en las costumbres españolas de antaño. Ercilla en el canto XVI de su *Araucana*, con ocasión del temporal que al llegar a Talcaguano asaltó a la nave en que iba, los recuerda en estos versos:

Quién a públicas voces se confiesa
Y a Dios perdón de sus errores pide;
Quién hace voto expreso, quién promesa...

Otra cosa era cuando se trataba de cumplirlas, pues como lo declara Lope de Vega en su *Dragontea*, (canto III):

Allí sí que los votos y promesas
Dichas tan bien, pero tan mal cumplidas...

bien, y a media noche saltó un temporal tan grande, que les duró tres días⁵³ y les llevó los castillos de proa y acortaron los de popa, y echando muchos romeros a Santiago de Galicia y a Nuestra Señora de Guadalupe y Monserrate, quiso Dios, por su intercesión, oírlos y sacarlos de aquella bahía, que llamaron de los Patos.⁵⁴

Ni fueron aquellos los únicos contratiempos que tuvieron por esos días, pues siguiendo el viaje llegaron a una bahía que ofrecía una entrada pequeña, pero que en su interior era muy grande. Deseoso ya Magallanes de invernar, en vista de que, estando aún la estación de invierno tan poco avanzada, eran ya tales los malos tiempos que les corrían, penetró en aquella bahía; despachó luego un esquife a tierra en busca de agua, pero no pudo volver a las naves y sus tripulantes tuvieron que mantenerse del marisco que cogían y haciendo fuegos de noche para indicar a los de a bordo dónde se hallaban: una tormenta aun más terrible que las anteriores se había desencadenado nuevamente, ocasionándole tales zozobras, que llamaron de los Trabajos a aquella bahía.⁵⁵ Luego que cesó, se recogieron a las naves los hombres despachados a tierra, y se siguió otra vez el viaje en dirección al sur, hasta penetrar por fin al río que llamaron de San Julián,⁵⁶ víspera de Pascua de Flores, el 31 de marzo de 1520.⁵⁷

53. Según esto, la escuadrilla habría permanecido allí desde el 27 hasta el 31, por lo menos, pues si contamos el comienzo de la tormenta desde la media noche del 28, según reza el texto, tendremos que la partida sólo se verificó el 1.º de abril: cosa que resulta inexacta por lo que va a verse en el itinerario del viaje.

54. En el mapa de Ribeiro se marca con este nombre una isla; en el de Maiollo aparece designado ese lugar con el de «Punta de lobos marinos.»

55. Tal es el nombre que le daba el piloto a quien sigue Herrera, y así también el autor de la *Navegación y viaje, etc.*, (II, p. 400), como igualmente en los mapas de Ribeiro y de Maiollo.

56. Observa Denucé, (p. 269, nota 3), «que se ignora por qué motivo Magallanes dió a este puerto el nombre de San Julián», añadiendo que Groussac avanzó a ese respecto una conjetura en *Les Iles Malouines*, (p. 69). No sabemos cuál sea ella. A nuestro entender, conformándose Magallanes con lo que ya sabemos acerca de la práctica seguida por los navegantes para poner nombres a los sitios a que por primera vez llegaban, de tener presente el calendario, lo denominó así, porque uno de los 24 santos así llamados que celebra la Iglesia, es San Julián, confesor en Cesárea, cuya fiesta cae el 25 de marzo; y si bien el día de la llegada de la escuadrilla allí se verificó el 31, fué corriente que no se siguiese con toda precisión el calendario, como ya lo notaba Fernández de Oviedo y hemos de verlo en el mismo itinerario de Magallanes, que llamó al Estrecho de Todos Santos.

57. Hay casi uniformidad en los autores antiguos respecto a la fijación de esta fecha. López de Gómara señala la del 31 de marzo; Herrera, «víspera de Pascua de Flores», por consiguiente, como aquél; Agánduru Moriz, que seguía a Cano, «era

Sábado Santo», (p. 27); Argensola *Anales de Aragón*, «Sábado Santo». De los cronistas españoles, sólo Mártir de Anglería, (p. 317, traducción de Asensio) y fray Gaspar de San Agustín se apartan de esa fecha, apuntando la de Pascua de Flores.

De los escritores portugueses que la señalan, López de Castanheda habla de que tuvo lugar a entradas de abril, y Juan de Barros, el 2 de ese mes.

Veamos ahora lo que resulta de los documentos. Pigafetta omite el día de llegada; Albo, que entraron al puerto el postrer día de marzo; Maximiliano Transilvano, que llegaron en fin de marzo; López de Recalde, en su citada carta al Obispo de Burgos, «víspera de Domingo de Ramos»; el autor de la *Navegación y viaje*, uno de los pilotos de la armada, «último día del mes de marzo».

En vista de esto y teniendo presente, sobre todo, el testimonio de Albo, que fué anotando día por día los sucesos náuticos de la armada, no puede caber duda de que la llegada a San Julián se verificó el sábado 31 de marzo. Tal es también la opinión de los modernos historiadores.

En cuanto a la cronología del viaje, comparada con los acontecimientos referidos por Herrera, resulta imposible conciliarla con ellos, pues al paso que ese autor afirma haber estado la escuadrilla tres días en la bahía de los Patos, según ya se dijo, añade aún que la tormenta de la de los Trabajos duró otros seis, y resultaría así, sumando esos días, que la llegada a San Julián debió de ser posterior al 7 de abril, y, mientras tanto, hay que dar como cosa averiguada que tuvo lugar el 31 de marzo.

